



POR LOS CAMINOS DE LA LITERATURA NEORRURAL

REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS / SEPTIEMBRE 2024

 Paisajes de la
España despoblada
en la portada y
contraportada



AÑO LXXXIX
EDITORIAL PLANETA, S. A. U.

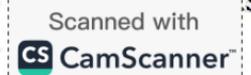
REDACCIÓN
JUAN IGNACIO LUCA
DE TENA, 17, 5.^o
28027 MADRID

SUSCRIPCIÓN Y
ADMINISTRACIÓN
ROSELLO I PORCEL, 21, 2.^a planta
EDIFICIO MERIDIAN
08016 BARCELONA
TEL. (93) 499 39 32
FAX (93) 492 64 91
E-MAIL: insula@espana.net
www.insula.es

DEP. LEG.: M. 210-1958
ISSN: 0020-4536

SOBRE LITERATURA NEORRURAL E IDENTIDAD, José Antonio Mérida Donoso.—MEMORIAS DE UN PAÍS DESHABITADO, DEL MOLINO, LLAMAZARES Y CARRASCO, CRUCE DE MIRADAS, José Antonio Mérida Donoso.—REFLEXIONES SOBRE LAS «NUEVAS RURALIDADES» EN LA LITERATURA GALLEGA, CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE, ROSA MARÍA DIEZ COBO.—¡ADIÓS, ARCADIA! DEL IDEALISMO DE LA POESÍA REGIONALISTA A LA RETÓRICA NEORRURAL, RAMÓN PÉREZ PAREJO Y JOSÉ SOTO VÁZQUEZ.—MAÑANA LOS AMORES SERÁN ROCAS: EL NUEVO RURALISMO Y *UN AMOR*, DE SARA MESA, EPICRETO DÍAZ NAVARRO.—HACIA LA ESENCIALIDAD DE LA NATURALEZA EN ESPESURA, EL CLAROSCURO DE LA NATURALEZA EN PILAR ADÓN, LIVIA FORTAN.—RURALIDAD Y COMPROMISO EN LA POESÍA DE FERMÍN HERRERO, JOSÉ ANTONIO LLERA.—PASEO POR LOS PAISAJES DE LA NEORRURALIDAD: *EL BOSQUE ES GRANDE Y PROFUNDO* DE MANUEL DARRIBA, XAVIER ESCUDERO.—*AQUELLA MON DEL PAGÉS NO ES PÉS A RIBAMUNTES*: NUEVA RURALIDAD Y NEORRURALIDAD EN LA NOVELA CATALANA RECIENTE, JUAN SENS

MONOGRÁFICO COORDINADO POR JOSÉ ANTONIO MÉRIDA DONOSO

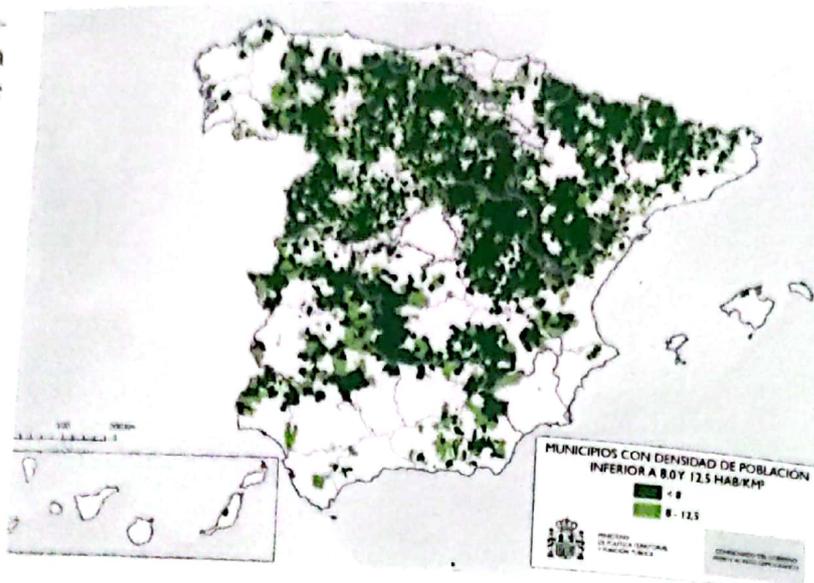
 Scanned with
CS CamScanner



EDITORIAL PLANETA, S. A. U.

JOSÉ ANTONIO MÉRIDA DONOSO / SOBRE LITERATURA NEORRURAL E IDENTIDAD

¿Por qué un número especial sobre literatura neorrural? ¿No se trata de una mera moda, una etiqueta prefabricada por las editoriales, que actúa como cajón de sastre para referirse a toda aquella literatura presentada en un espacio no urbano? ¿Es el campo un elemento significativo en el desarrollo de sus tramas o un mero decorado? Además, ¿no supone quizás un signo de desmemoria al parecer obviar la amplia tradición literaria sobre lo rural? ¿Acaso esta literatura no se da en otros países? ¿Por qué ciertos críticos se manifiestan escépticos ante semejante denominación y numerosos autores muestran sus reticencias a que su obra sea tildada de «neorrural»? ¿Qué significa, en definitiva, la literatura neorrural, si es que realmente existe? Todas estas cuestiones evidencian la necesidad de que, independientemente de la forma en que se quiera abordar la literatura neorrural, cualquier estudio sobre esta debe partir de un acercamiento epistemológico a las nuevas ruralidades, como fenómenos complejos en los que interactúan múltiples intereses e identidades, para posteriormente abordar su transposición literaria. Lo neorrural, entendido como migración poblacional del ámbito urbano al rural, responde a distintas motivaciones económicas, ideológicas y morales, conformando una pluralidad de voces e identidades, vinculadas a la memoria espacial, real e imaginada. Al igual que la significación, comprensión y valoración del campo y del mundo rural, su conceptualización es dinámica y, como tal, aborda constantes resignificaciones identitarias. En este sentido, dado que la transposición literaria de la realidad rural abraza distintas sensibilidades a lo largo del tiempo, cabe indagar hasta qué punto la denominada literatura neorrural responde a una nueva sensibilidad, capaz de nuevas formas de negociar el territorio, plantear nuevas miradas y cuestionar la proyección de lo rural y la ruralidad por y para la urbe. La representación del «par dialéctico» o binomio rural-urbano que todavía tiende a proyectarse desde un juego decimonónico de contrarios conforme a los ejes progreso-retroceso, modernidad-tradición, no solo se pone en duda, sino que muestra una mutación positiva según el modelo artificial-natural y alienación-libertad. Sin llegar a la romantización de la naturaleza ni a la épica de la derrota, los nuevos tiempos permiten superar esta dicotomía para advertir el vínculo entre ambos espacios, sobre los que se fraguan múltiples identidades, con sus distintas herencias culturales, tantas como obras vinculadas a lo rural y a la



nueva, y no tan nueva, ruralidad. En este contexto, esta literatura emerge como una respuesta contemporánea a la crisis y a la fragmentación de la identidad posmoderna, en un tiempo caracterizado por el auge del individualismo, las relaciones interpersonales fugaces, las economías de excesos y desechos, y la sobredosis de información, de positividad y «posmentira», con la consecuente sensa-

ción de incertidumbre y alienación. Es esa misma sociedad líquida a la que hacía mención el sociólogo polaco Zygmunt Bauman, en la que los nacionalismos y sus procesos de nacionalización cultural se entremezclan con la desilusión y el miedo a confrontarnos con nuestro reflejo en el espejo de la historia. Como tal, esta literatura también resignifica los espacios rurales en búsqueda de un enraizamiento cultural, histórico y memorístico. Así, al igual que la urbe siempre ha creado espacios que simbolizan su historia oficial, esta corriente literaria reconfigura la memoria rural contemporánea. En este contexto, ofrece una visión del pasado, reflejado en el imaginario de la España vacía y vaciada hasta las raíces, que mantiene lazos más que evidentes con el apogeo de la memoria histórica. De este modo, esa España despoblada, persistente y resiliente, se proyecta sobre dos ejes temporales: 1) un presente agónico, tan imaginado como real, y un pasado truncado por un éxodo traumático, como espacio crepuscular; 2) un futuro esperanzador, como espacio lleno de posibilidades.

Ambos tiempos confluyen en lecturas ecocríticas vinculadas a distintas identidades arraigadas en la tierra y exploran nuevas maneras de relacionarse con su entorno de forma más sostenible y consciente. En suma, así como la identidad no es autónoma, unitaria, compacta, homogénea y perfectamente delimitada, las identidades que recoge la denominada literatura neorrural son tan múltiples como distintas en forma y contenido. Esto no impide que sean permeables entre sí; al contrario, configuran un corpus que, debido a la especificidad del paisaje y la historia de España, convergen en determinadas estructuras e imaginarios narrativos.

El número de *Ínsula* que se abre ante el lector pretende recoger distintas indagaciones y reflexiones sobre la heterogeneidad señalada. El primer capítulo comienza con un cruce de miradas sobre la *España vacía* de Sergio del Molino, *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares e *Intemperie* de Jesús Carrasco, con algunas técnicas que sirven de excusa a su autor, José Ar

Mapa de la España despoblada

desandar los caminos de la memoria rural y trazar nuevas sendas en el horizonte. Tras él, Rosa María Díez sigue las huellas ruralistas y galleguistas de Cristina Sánchez-Andrade, y Ramón Pérez Pajares y José Soto Vázquez las de la poesía regionalista en su evolución hacia la retórica neorrural. Por su parte, Epicteto Díaz hace un alto en este camino a través de *Un amor* de Sara Mesa, donde lo rústico permite esa vía de escape, tan ansiada como necesaria. A continuación, Livia Fortan recorre la esencialidad de la naturaleza que recoge la obra de Pilar Adón. Seguidamente, el profesor y poeta José Antonio Llera retoma el sendero por los versos comprometidos de Fermín Herrero, mientras que Xavier Escudero comprueba hasta qué punto las raíces de ese bosque grande y profundo de Manuel Darriba se ramifican por nuevas miradas hacia lo rural. Por último, Juan Senís se adentra en la fértil tierra de la prolífica literatura catalana actual, que sirve de punto final a este número, pero que no deja de ser un punto y seguido a este trayecto hacia las nuevas ruralidades.

En conclusión, el número de *Insula* que el lector tiene en sus manos recorre el presente ambivalente de esta literatura, situada entre dos tiempos, el futuro y el pasado, el global y el local (o uno, *glocal*), y un deseo de pertenencia e identidad, entre lo fáctico del mundo rural, su imaginario y su proyección ideal. Entendemos, pues, que, al margen de las campañas editoriales, la alienación que subyuga a las ciudades o los estragos que produjo la reciente pandemia, afirmar que el campo está de moda no deja de suponer un cierto reduccionismo. Porque, en definitiva, aunque la literatura pueda detenerse en la ciudad o andar hacia los nuevos y antiguos caminos de la porosa ruralidad, lo cierto es que el espacio rural y su resignificación identitaria, poblada por una pluralidad de lugares, con sus paisajes y paisanajes, nunca deja de acompañar nuestra mirada y, por tanto, de permitir deshacernos y rehacernos en ella.

J. A. MÉRIDA
DONOSO /
SOBRE
LITERATURA
NEORRURAL E
IDENTIDAD

J. A. M. D.—UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA / ARGOS

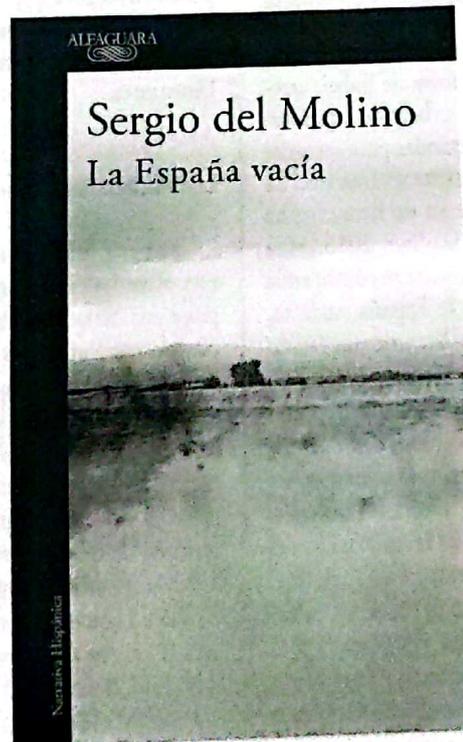
JOSÉ ANTONIO MÉRIDA DONOSO / MEMORIAS DE UN PAÍS DESHABITADO. DEL MOLINO, LLAMAZARES Y CARRASCO, CRUCE DE MIRADAS

«Allí, donde el aire cambia el color de las cosas; donde se ventila la vida como si fuera un murmullo; como si fuera un puro murmullo de la vida».

Pedro Páramo, Juan Rulfo

El hecho de que el espacio se convierta en paisaje al ser observado implica que la propia mirada forma parte íntegra de él. Todo paisaje se encuentra a medio camino entre el sujeto que observa y el objeto observado. En este marco, podemos convenir que todo texto que atiende a una descripción paisajística abarca la mirada refleja de quien la contempla. El juego de perspectivas nos advierte de la necesidad de establecer un punto de partida a la hora de hablar de esta literatura, configurada en torno a un espacio y un paisaje. Su transposición, como la propia mirada, siempre es relevante, porque es nueva, y transformadora, porque modifica ese mundo contemplado (Ricoeur, 2003, p. 865). En definitiva, la mirada, en su condición de vínculo, al igual que la literatura, transforma la realidad.

Este artículo parte de la mirada de tres autores que han contribuido significativamente a la revitalización de lo rural como espacio literario. Nos referimos a la de Sergio del Molino, Julio Llamazares y Jesús Carrasco, de la que emanan planteamientos



renovadores sobre las complejidades y las contradicciones inherentes a la vida en el campo. El análisis se origina en la construcción de esa España del interior, tan desolada como desatendida, constituyendo todo un «lugar de memoria» (Nora, 2008) de una identidad y un sentido de pertenencia cultural y colectivo.

Sergio del Molino: despoblación y abandono

Comenzamos con la mirada de Sergio del Molino por ser el autor que, con *La España vacía* (2016), supo dar forma y voz a «algo que estaba como sobreentendido y que no encontraba una articulación» (Gascón, 2021). El adjetivo sirvió de topónimo para localizar y expresar ese vaciamiento demográfico que se ha ido generando en algunos territorios del interior, precisamente desde un mundo ur-

bano que parece pretender abarcarlo todo, como proyección espacial y temporal. «no solo en términos demográficos y de geografía política, sino en su concepto» (Del Molino, 2016: 25). En oposición a esta omnipresencia narrativa, bajo una sentida introspección, el autor analiza las causas y consecuencias de la despoblación rural del ayer y de hoy, pero también mantiene una mirada al

FUNDADORES: ENRIQUE CANTO Y JOSÉ LUIS CANO
COMITÉ DE DIRECCIÓN: I. ALVAREZ BARRIL, DONA AMORÓS,
I. ARRIASO, L. BONET, G. CARNERO, I. A. DE CUENCA, A. EGIDO,
P. FERNÁNDEZ, I. FERNÁNDEZ, L. GARCÍA AMBRINA, L. GARCÍA FORTAN,
L. GARCÍA MONTERO, P. GIMPERO, J. L. GOMEZ CANSECO, J. GRACIA,
J. M. MÉRIDA, ENRIQUE MOLINO, M. BOUTEIRO VIANCOZA, L. BUSTO DE PÉREZ,
D. BARRANDEYROVA, F. BARRIL, L. DE LA FUENTE, J. S. S. A. SORIA OLMI, D. O.
I. VALLS, J. L. VILLALBA Y D. VILLANUEVA
J. TORRALBAZAR, I. TRÁS VASCOS
A. TARRIO VALLA, I. TRÁS GALLEGOS
I. TRÁS VASCOS, I. TRÁS GALLEGOS

INSULA 933
SEPTIEMBRE 2024

3

EDITORIA: ARANTXA GÓMEZ SANCHEZ
SUSCRIPCIONES Y ADMINISTRACIÓN: PAULA PUJADAS
EDITA: EDITORIAL PLANETA, S. A. U.
AVDA. DIAGONAL, 672-661 - 08034 BARCELONA

futuro mediante el diálogo establecido con el lector, tal y como evidencia el final de ese retrato de *La España vacía*: «Hemos roto la inercia de la crueldad y el desprecio de los siglos. Ahora nos falta darnos cuenta y actuar con esa conciencia».

Encontramos pues dos claves de su mirada que se alza desde el qué, esto es lo observado, la España rural de interior, en continua pérdida de importancia frente al auge y la densificación de la periferia, y desde el cómo, con una vista sentimental informativa y formativa. Es sentimental porque apela a la sensibilidad, con erudición, sin abrumar al lector, utilizando historias personales, experiencias compartidas y descripciones vívidas, lo que permite evocar empatía, una mayor implicación y reflexión por parte del lector y transmitir, junto a la incertidumbre, un halo de melancolía sobre esos entornos baldíos. Es informativa porque su mirada



La España
despoblada

recorre el tiempo y el espacio de una nación inexistente, ignorada por las autoridades y despreciada desde esa torre de Babel, arrogante, y de marfil, que supone la olvidadiza urbe y que, precisamente al calor de esta obra, comenzaría a desandar para recordar sus raíces en la vasta llanura. «Porque está. Persiste, Permanece. La España vacía, vacía sin remedio, imposible ya de llenar, se ha vuelto presencia en la España urbana» (Del Molino, 2016: 251) Y es formativa porque, aunque fundamentalmente se centra en la Meseta, esta elección es arbitraria «porque la España vacía es, sobre todo, un mapa imaginario, un territorio literario, un estado (no siempre alterado) de la conciencia» (Del Molino, 2016: 71), de ahí que la multitud de fuentes usadas ofrezca una visión plural y personal.

Por su mirada no solo se filtran los referentes más significativos de la literatura y del cine. De igual modo no se limita a transitar la trayectoria recorrida por los autores desde los de la generación del 98 hasta los del presente. Según su amplia perspectiva, bajo distinta forma e intensidad, se desdibujan una amalgama de «actores y figurantes», desde el Quijote y Jimi Hendrix, Quevedo y José Luis Cuerda, Nabokov y Goya, Paco Martínez Soria y Paul Newman, Visconti y Labordeta, Orson Welles y Juan Pablo Ordúñez, «el Pirata», porque del Molino genera un análisis sin andamiajes, directo al lector, desde su imaginario y su marco referencial, su memoria y su historia. Y es que *La España vacía* no pretende ser un estudio pormenorizado o un estado de cuestión. Todo lo contrario, sin menoscabo del evidente trabajo de investigación que supone, el autor se enfrenta a la problemática con sus referentes, en un ejercicio de honestidad, para atender a su intención última,

a saber: el análisis de «El Gran Trauma (así, en mayúsculas)» (Del Molino, 2016: 28), del éxodo rural, sus causas y, fundamentalmente, sus consecuencias, así como la manera en que este fenómeno ha afectado no solo a la demografía, sino también a la cultura y a la identidad nacional.

La representación de este Trauma, histórico y memorístico, atraviesa identidades desde un tono personal, identificable por su público lector, que permite enriquecer y facilitar su acercamiento y también entablar puentes con otras obras, propias y ajenas. En ese mapa de intertextualidades, la de Sergio escritor convive con la Del Molino lector. Las primeras, que trazan su literatura, actúan «como una especie de matrioskas» (Laguna, 2021), capaces de partir de reflexiones con su pasado (*Lo que a nadie le importa*, 2014) para extenderse, ampliar o matizar un mismo tronco referencial. Sus ramificaciones son capaces de recordarnos la importancia de seguir doblando las esquinas de los mapas, desde los espacios humanizados en los que conviven los conflictos y los problemas de la gente con sus anhelos y soluciones (*Lugares fuera de sitio*, 2018) o para situar y también situarse, en esa disputa de memorias e identidades, banderas y partidos, que abarca pretendidos sueños, así como pesadillas, en el aguacero impostado del «y yo más» (*Contra la España vacía*, 2021). Un discurso que le es tan propio como ajeno, precisamente porque nadie ha sabido relatar España como él. Este camino, si bien podría seguir, termina en el *Atlas sentimental de la España vacía* (2021), un mapeado que combina intrahistorias con leyendas y experiencias personales, tierras y ríos con rincones y hallazgos que arrojan luz a las sombras de una España real, unívoca, oficial y oficialista. En las segundas, las Del Molino lector, entre distanciamientos de Harari y acercamientos a Nabokov, destaca por su aproximación, la huella admirada de Julio Llamazares.

Llamazares: despoblación, raíces y nostalgia

La memoria oficial tiende a desatender a las memorias minoritarias, alzándose desde lugares de poder o privilegio. Como tal, supone una narración que surge desde la ciudad por y para ella. Esta complacencia urbana es fundamental en tanto en cuanto supone una diferenciación con la generación anterior, la de los escritores que vivieron el franquismo y el postfranquismo, quienes, de una manera u otra, mantenían un acceso más directo a ese espacio memorístico. La vinculación de estos autores con este territorio era, en parte, el resultado de quién se había sido en ese mundo rural, pero también de quién se pretendía ser dentro o fuera de él, de ahí la pervivencia de ese imaginario en su literatura.

Julio Llamazares nació en Vegamián (León), un municipio que desapareció bajo las aguas del embalse del Porma (desde 1994 embalse Juan Benet). Este hecho aparece reflejado en el prólogo de la nueva reedición de *La España vacía* (2022), que precisamente arranca con la valoración del patrimonio literario de sus protagonistas. El primer nombre de la breve lista que propone, Antonio Muñoz Molina, Alejandro López Andrada, Jesús Moncada y Miguel Delibes, es el de Julio Llamazares. No en balde, señala Del Molino, su narrativa y poesía, como ocurre con el cine o la literatura científica que engorda este rico y profuso acervo, permite a los autores hablar de su propia historia (2016). Se conjuga interés

personal, propio e íntimo, porque, aunque cada autor escribe un poco de lo poco que puede, valga el juego de palabras, en esencia, también compone lo que quiere sobre el espacio que realmente quiere.

De esta forma, frente a la visión de un pasado organizado como lo hace la historia, conforme a sus parámetros y metodología, la memoria de Llamazares permite configurar una subjetividad individual y colectiva que interpela a una España global. Esta presencia de la memoria es, como se sabe, especialmente importante en este autor, cuya novela más emblemática en este campo, *La lluvia amarilla* (1988), narra la lenta muerte de Ainielle, un pueblo del Pirineo aragonés a través de los ojos de su último habitante. Este espacio da cabida a una mirada evocadora del mundo rural, un pueblo abandonado que recupera a través de una prosa íntima y limpia, por momentos lírica, para explorar la desolación, la soledad y los estragos del inexorable paso del tiempo en ese último «lugar de memoria», condenado a desaparecer con la pérdida de su último morador. Hacemos uso de la expresión «lugar de memoria» para referirnos a aquellos espacios «simples y ambiguos, naturales y artificiales, abiertos inmediatamente a la experiencia más sensible y, al mismo tiempo, fruto de la elaboración más abstracta» (Nora, 2008: 33), cargados de significados históricos, culturales y emocionales, que actúan como puntos de referencia para la identidad y la memoria colectiva. Como tales, surgen en un mundo arrancado de su memoria ante los constantes cambios del presente, pero por eso mismo más obsesionado por comprenderse históricamente. De ahí la necesidad de volver a esa casa natal, vieja, deshabitada e irreconocible, como ser que «ya no es un hombre-memoria sino (...) un lugar de memoria» (Nora, 2008: 32-33).

Ainielle es ese lugar de la memoria que existe, aunque no existe. Tal y como también recuerda Del Molino (2016: 74-77), «Ainielle existe», es la frase que abre el libro, así, en presente de indicativo, porque los restos de sus casas, como los de la memoria, resisten. Bajo una estructura circular que se abre con un *flash-forward* y se cierra con el mismo recurso (Llera, 2019: 544), asistimos a la desaparición de un pueblo y el desalojo de la memoria de su último morador, mientras su vida retrocede de la misma forma que las paredes de su casa son ocultadas bajo el avance de la maleza.

La publicación de la obra se produjo en un momento en el que lo rural yacía orillado por una narrativa española encaminada a mantener vías estilísticas y temáticas alternativas y urbanas (Díez, 2017; Valcárcel, 2022). A contracorriente, nada por esa «memoria

sumergida» de restos y naufragios que yacen sepultados bajo la memoria oficial (Mérida, 2023), en cuyas aguas amarillas los recuerdos que se pretenden hundir hieren, pero a pesar de ello o, precisamente por eso, no podemos dejar de zambullirnos para buscar esa imposible catarsis. Si el protagonista de *La lluvia amarilla* se ahoga en una memoria «cuya cadena de sufrimiento por fin se va a detener en él» (Llera, 2019: 537), en su siguiente novela, *Escenas de cine mudo* (1994), el personaje principal, Julio, una suerte de trasiego del autor, vive obsesionado por atrapar el tiempo, consciente de que lo recordado es muy poco en relación con lo olvidado, conforme esa «gran utopía de la humanidad que es parar el tiempo, y su frustración, es no poder hacerlo» (Llamazares, 2006, citado por Mérida, 2012). Por su parte, en *Distintas formas de mirar el agua* (2015) el autor vuelve de nuevo a sus orígenes como si quisiera dar muestras de que, en esencia, «siempre ha escrito el mismo libro» (Rodríguez Marcos, 2015, citado por Valcárcel, 2022: 37). En la obra, dieciséis personajes recuerdan al abuelo Domingo, en el peregrinaje con sus cenizas a Ferreras, el pueblo que lo vio nacer y que yace bajo las aguas del pantano del Porma. Un nuevo homenaje, más que a los pueblos, a las gentes que los vivieron y fueron obligados a cambiar de vida, y que, como «Ulises» quieren regresar a su Ítaca natal, porque «al fin y al cabo, lo importante es regresar, no para qué ni cómo» (Llamazares: 62).

Esa «contigüidad del inexorable paso del tiempo, de la muerte y del regreso imposible» (López, 2016: 339) constituye el *continuum* de su obra, sobre la que vertebra «motivos, símbolos, tipos y paisajes recurrentes, obsesivos en cierta manera para el escritor» (Valcárcel, 2022: 31). Este «espejo lírico» (López, 2016) que constituye su obra, rico en descripciones poéticas que capturan la belleza y la tristeza de un mundo que se desvanece, no deja de ser una exploración personal de la memoria y la identidad rural, utilizando el paisaje como un personaje más, que refleja las emociones y los recuerdos de sus moradores. Con una mirada cargada de melancolía, se tejen descripciones del entorno natural, precisas y evocadoras, que permiten subrayar la conexión íntima entre el ser humano y su entorno. No existe pues mitificación, al revés, como Del Molino, rechaza estereotipos y victimizaciones, lo que no menoscaba un compromiso con la memoria y las identidades culturales.

J. A. MÉRIDA
DONOSO /
MEMORIAS
DE UN PAÍS
DESHABITADO...

Julio Llamazares *La lluvia amarilla*



Seix Barral Biblioteca Breve

Jesús Carrasco *Intemperie*



La mirada de Jesús Carrasco en *Intemperie* (2013) es sombría y austera y permite explorar la supervivencia y resistencia en un entorno implacable. Es un espacio y tiempo indefinidos, que parecen ensanchar horizontes de la trilogía *El Reino de Celama*, desde *El espíritu del páramo* (1996) y *La ruina del cielo* (1999) hasta *El oscurer* (2002) de Luis Mateo Díez, como «recuento» de la impeccedera Comala de *Pedro Páramo* de Juan Rulfo (1953), a modo de un obituario de personajes habitantes de un mal sueño en el incommensurable mundo en ruinas de la nada. La importancia del paisaje desértico que ha marcado la idea de España antes incluso del mencionado «Gran Trauma» se desdibuja en un mundo de aire posapocalíptico, trasunto de una suerte de metáfora de esa España vacía que yace perdida y abandonada, pero plasmado sobre la pátina de un western desde un escenario vago de posguerra. Ese mundo de clima hostil que parece condenado a desaparecer desde que «llegó la sequía y las llanuras languidecieron hasta morir» (Carrasco, 2013: 76) también ha conocido el éxodo: «Dejó de crecer el grano y la compañía de ferrocarriles desguazó los vagones o los dejó varados. Cerraron la estación y destinaron al jefe a un puesto más al este. En un año se marcharon más de la mitad de las familias» (Carrasco, 2013: 76).

Bajo el tallado de su prosa que no esconde un colorido lírico, se recoge el léxico vernáculo a manera de terruño de aromas comarcales que alimentan la memoria y el patrimonio lingüístico del lector. El propio Del Molino (2016: 241) ha señalado este aspecto de *Intemperie*, desde un léxico que parece ser «lo único que queda para reconstruir esos orígenes» como en *Es un decir* (2014) de Jenn Díaz. De igual modo, el escenario de abandono le permite establecer sinergias con otros lugares devastados y recogidos en la literatura como *Por si se va la luz* (2013) de Lara Moreno, o en el cine, como los espacios derruidos en los que se sitúa la adaptación fílmica de *Bodas de sangre*, de Paula Ortiz en *La novia* (2015). Lo mismo ocurre con los viñedos cubiertos de polvo que transmite Ángel García en *Pastoral* (2004) y *Destino y trazo* (2009) o la devastación que encuentra José Vidal Valicourt por esa España deshabitada a la que da forma en su *Meseta* (2015). Estos parajes resacos, tal y como apunta Geneviève Champeau, encuentran en el cementerio «tan abandonado como el pueblo que desde él se divisa en *Intemperie*» (Carrasco, 2013: 131), una «metonimia de aquel páramo dejado de la mano de Dios (Carrasco, 2013: 176)» así como «una metáfora de una cultura en vías de extinción» (2018: 24-25).

La prosa de Carrasco es escueta, precisa, contenida y certera, lo que intensifica la dureza del paisaje y la brutalidad de la experiencia humana en un entorno adverso. A diferencia de la melancolía de Llamazares o el análisis crítico de Del Molino, Carrasco se centra en la lucha individual y la capacidad de resistencia frente a las adversidades de un medio rural abandonado a su suerte. Su mirada recoge una sensación de urgencia y peligro, pero también de resiliencia y determinación, como elementos esenciales de ese universo rural. En cierta forma, esa combinación de violencia cruda y lirismo austero mantiene sentimientos y matices en las adaptaciones homónimas que ofrecen la novela gráfica de Javi Rey (2016) y el filme de Benito Zambrano (2019) y dialoga con sus siguientes obras. Así lo hace en su relación con la tierra, conforme indica el

titulo de *Intemperie* que *pisamos* (2016), alzada sobre un tiempo mítico que, por momentos, en cierta forma, parece evocar al de *El bosque es grande y profundo* (2013) de Manuel Darriba, o en la lucha generacional y los lazos que unen y desatan distancias en las familias en *Llévame a casa* (2021) desde la memoria crepuscular en la temporal rural, esta vez explícito y reconocible, el deseo de volver a casa, al lugar de la infancia, permite la catarsis y la rendición de sus protagonistas. Pero quizá donde más se advierte esa vinculación con lo rural y la memoria es en su reciente *Elogio de las manos* (2024) a través de la restauración de una casa en el campo andaluz que, en última instancia, está abocada a ser derribada.

Cruces de miradas: caminos encontrados en una misma conclusión

Aunque Del Molino, Llamazares y Carrasco abordan el tema rural desde perspectivas diferentes, se armonizan en configurar y dar forma simbólica a la imagen que España tiene de sí misma. En esa vastedad abandonada de territorios míticos y mitificados, se mantienen los pilares de un país desaparecido que pervive en la memoria de muchos. Las distintas formas de explorar el mundo rural más olvidado convergen en un mismo tono iconoclasta, una misma mirada crítica a la idealización del campo, de la que destacan la dureza, la complejidad o la realidad más profunda de la experiencia rural. Frente a la Arcadia feliz de la España eterna que ni existe ni existió, *La España vacía* recoge sus viajes a Fago o a Las Hurdes entre otros tantos pueblos repoblados y abandonados para ahondar en la dificultad y el desencanto, mientras que *La lluvia amarilla* se centra más en el olvido y la desolación del entorno rural e *Intemperie* en la dura realidad de la vida teñida de una «ecología oscura» (Pérez, 2017) y decadente.

Sergio del Molino acentúa el tono analítico y crítico, examinando las causas y las consecuencias sociales de la despoblación, mientras que Julio Llamazares brinda una mirada amarilla, triste y resistente sobre el declive rural de una parte de España, tan áspera como bella, nostálgica y lírica. Por su parte, Jesús Carrasco ofrece una visión mítica, centrada en la lucha por la supervivencia en un entorno hostil, a través de una prosa tensionada, austera y un léxico rico en matices, con sabor a tiempos pasados, evocador y lleno de historia e historias. Todas ellas trazan caminos que desde la ficción y la no ficción invitan al lector a recorrerlos para alimentar ese imaginario memorístico que seguro, de una u otra forma, él también lleva en su mochila, mientras reescribe su propia historia. Caminos que abordan el pasado, el presente y el futuro del mundo rural e invitan a los lectores a reflexionar sobre la relación con nuestro entorno, nuestra memoria e identidad. Su literatura se convierte así en una herramienta poderosa para comprender y valorar la compleja realidad de esa España orillada desde su propio origen.

Los tres parten de una misma sensibilidad al focalizar ese espacio rural más castigado, hasta hace nada olvidado, en el que detectar y consensuar preocupaciones y valores como forma de mantenerla viva, ya sea desde una necesidad de examinar y denunciar (Del Molino), recordar (Llamazares) o de resistir (Carrasco). Esta originalidad se erige en oposición a una narrativa hegemónica de lo rural, en la que abundan los clichés

hace desde una realidad emocional relacionada con la identidad personal y colectiva. La descripción del Gran Trauma refleja precisamente cierto victimismo arraigado en el campo español, considerando de que esa suerte de resentimiento «no es la estrategia de seducción más adecuada para copar el espacio público» (Del Molino, 2016b).

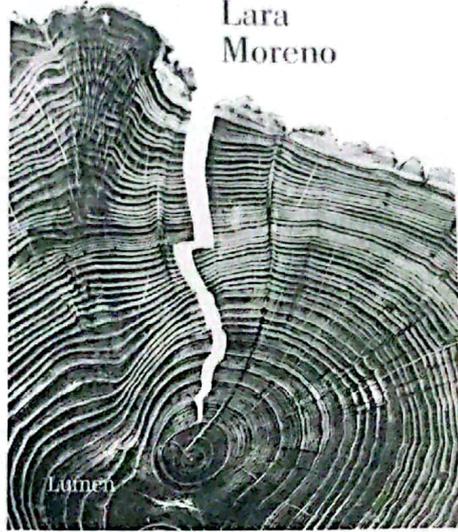
No en vano, aunque la proyección del mundo rural acabe recogida por la ciudad, en su memoria, esta sigue más viva que nunca. En este sentido, la despoblación no aparece reflejada solo como un fenómeno demográfico, sino como una cuestión de identidad y memoria colectiva, donde la mirada de cada autor, como la del lector, influye en la narrativa general que habita en nuestro recuerdo. En ese diálogo entre lo fáctico del mundo real y la realidad que el mundo de estos textos crea desde su ficcionalidad, se invita al lector a empatizar con los habitantes de estas zonas despobladas, generando un espacio de entendimiento mutuo entre las diferentes «Españas». Más allá de su indudable mérito literario, su acierto es atender a una visión de la ruralidad desde los espacios más olvidados, en los que se perciben límites y tensiones que sirven de reflejo de una España desmemoriada, que abandona y oculta a una parte de la población como hace con sus grandes complejos históricos, no solo respecto a otros países, sino de cara a sí misma (Llamazares, 2017). No en balde, el eco de estas obras permitió replantear el debate siempre vigente en torno a la ruralidad y lo rural en un momento «donde se desdibuja cada vez más la separación entre lo urbano y lo rural [...], lo productivo y lo social» (Cerdá, 2020: 7). Autores como Miguel Delibes o Jesús Moncada ya habían recorrido ese camino a lo rural, tan pisado hoy como ayer, solo que ahora los nuevos caminantes son más conscientes de los surcos memorísticos, pero también mitológicos, que suponen el cimiento de una tradición y una nación inventada. Esta herencia, real e imaginada, promueve un caudal rico y heterogéneo de miradas que responde a las distintas relaciones de cada autor con la ruralidad, cada figurante del paisanaje con su paisaje, según sus experiencias y anhelos, pasados y futuros, aunados en un mismo presente narrativo líquido. Porque en un contexto donde el auge del individualismo y los cambios abrumadores parecen imponer una aceleración en los ritmos de un nuevo tiempo alienante y desmemoriado, la literatura de Del Molino, Llamazares o Carrasco no solo aviva la búsqueda de una memoria colectiva a la que pertenecer, sino la de una comunidad que le permita narrarse para tener sentido. Así, mientras la constante migración en la vida social es cada día más acuciante, se proyecta un imaginario colectivo posible, una vuelta al origen, como refugio o posibilidad de un nuevo comienzo, pero también, como hace esta literatura, para recoger la crisis estructural de la sociedad, alejado de posibles Arcadias, que reivindica un resarcimiento de la deuda con los más vulnerables del campo.

Estas relaciones con lo urbano, cada vez más estrechas y frecuentes, mantienen un amplio legado, desde la aparición del concepto de «ruralidad líquida» hace ya cerca de un siglo (García Pozuelo, 2023: 76). Y, sin embargo, no parecen encontrarse en la España silenciada y maldecida de esos otros vencidos, pero a su pesar o debido a ello, revela todo lo que ha sido sepultado, reprimido o tachado (Llera, 2019: 534). Porque a pesar de que esas dos Españas que menciona Del Molino «la urbana y europea, indistinguible en todos sus rasgos de cualquier sociedad urbana europea, y una España interior y despoblada, que he llamado España vacía» (Del Molino, 2016: 16) vivan como «países extranjeros», una no se entiende sin la otra. De esta forma, la vuelta a esa casa vacía, al origen, supone «una forma

J. A. MÉRIDA
DONOSO /
MEMORIAS
DE UN PAÍS
DESHABITADO...

Por si se va la luz

Lara
Moreno



de exploración y entendimiento» (Colomer, 2014) individual y colectivo, pero también un situarse ante el espejo para atender a una contramemoria, a ese relato proyectado desde, por y para la ciudad. Tal y como señala Del Molino, se trata de «la necesidad de volver a las raíces míticas, a los orígenes familiares. No tanto para narrar el campo como para narrarse a sí mismos» (Gordo, 2016).

En consecuencia, la intersubjetividad narrativa de estos autores se alza desde la necesidad de comprender y comprenderse para compartir estados emocionales y cognitivos de ruralidades y pertenencias desde un mismo espacio sin fronteras, capaz de doblegar cualquier resquicio subsidiario de la retórica oscura del pasado más trágico de España. De esta forma, más allá de los relatos memorísticos verticales o generacionales, la España deshabitada sirve como eje estructurador y simbólico para retroalimentar un relato plural que permite trazar vínculos horizontales como voluntad de pertenencia a esa otra España, tan real como olvidada, en la que los fantasmas toman forma. Un lugar de memoria en el que recuperar la identidad al reencontrarse con el pasado y solventar definitivamente ese sentimiento de pertenencia ansiado. Se configura así un espacio que permite entrelazar «la modernidad líquida» (Bauman, 2007) que, como constante, no responde a una problemática exclusivamente individual, sino comunal, con la necesidad de rehacerse, desde la autoincertidumbre, en torno a un imaginario colectivo, experimentado y vivenciado por herencia o elección.

En consecuencia, la ramificación de sus obras se extiende a una nueva literatura de lo rural y a una comunidad lectora que, como en la historia del nómada de *El atlas de la España vacía*, ansía un espacio de reencuentro con ese «lugar de vacío» que habita en la memoria y que consigue encontrar un equilibrio vital al volver, finalmente, a sus raíces. Su legado es recogido por las expectativas de los lectores, ya que, aunque se abren a una amplia posibilidad de lecturas, debido a la diversidad de surcos y senderos a los que lleva la soledad, la identidad, la historia y la memoria, sus miradas acaban por reverberar emociones y tiempos que se reencuentran en un mismo «lugar de memoria» tan plural como único, que permanece en gran parte de España. Su estela, en última instancia, llega

hasta quien está escribiendo estas líneas y a quien, ahora mismo, las lee. Porque a pesar de las incertidumbres de la crítica literaria contemporánea a la hora de diferenciar espacio y paisaje, estos siempre dependen de la percepción subjetiva del lector (Kanev, 2003). Y en este sentido, lector y autor se encuentran, pues todos de una u otra forma, provenimos de ese paisaje habitado por pueblos desahuciados y despoblados, tan obviados como omnipresentes, tan reales como imaginados, y tan nuestros porque, a pesar de que nunca llegaran a ser, de que nunca se les permitiera ser, en última instancia, con nosotros van.

J. A. M. D.—UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA / ARGOS

Bibliografía

- BAUMAN, Zygmunt (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Barcelona, Paidós.
- CARRASCO, Jesús (2013). *Intemperie*, Barcelona, Seix Barral.
- (2016). *La tierra que pisamos*, Barcelona, Seix Barral.
- (2024). *Elogio de las manos*, Barcelona, Seix Barral.
- CERDÁ, Juan Manuel; MATEO, Graciela (2020). *La ruralidad en tensión*, Buenos Aires, Teseo.
- COLOMER, Álvaro (2014). «La literatura vuelve al campo», *La Vanguardia*, 20 de agosto de 2014. Recuperado de: <http://www.lavanguardia.com/cultura/20140820/54413196729/literatura-campo.html>.
- CHAMPEAU, Geneviève (2018). «La novela neorrural actual entre distopía y retro-utopía», *HispanismeS. Revue de la Société des Hispanistes Français*, n.º 11, pp. 16-34.
- COLOMER, Álvaro (2014). «La literatura vuelve al campo», *La Vanguardia*, 20 de agosto de 2014. Recuperado de: <https://www.lavanguardia.com/cultura/20140820/54413196729/literatura-campo.html>.
- DARRIBA, Manuel (2013). *El bosque es grande y profundo*, Barcelona, Caballo de Troya.
- DÍEZ COBO, Rosa María (2017). «Páramos humanos: retóricas del espacio vacío en *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares y en la novela neorrural española», *Siglo XXI. Literatura y Cultura Españolas*, n.º 15, pp. 13-25.
- GARCÍA, Ángel (2004). *Pastoral*, Zaragoza, Prames.
- (2009). *Destino y trazo*, Zaragoza, Comuniter.
- GARCÍA-POZUELO, Salvador (2023). «Ruralidades líquidas: nuevas identidades versus viejos imaginarios», *ARTxt. Revista de Experimentación Artística*, n.º 2, pp. 73-92.
- GASCÓN, Daniel (2021). Entrevista con Sergio del Molino: «Los grandes avances democráticos en España han sido obra de gente moderada», *Letras libres*, 30 de junio de 2021. Recuperado de: <https://letraslibres.com/politica/entrevista-con-sergio-del-molino-los-grandes-avances-democraticos-en-espana-han-sido-obra-de-gente-moderada/>.
- GORDO, Alberto (2016). Entrevista con Sergio del Molino: «Mi generación ha encontrado un filón en lo rural», *El Cultural*, 20 de abril de 2016. Recuperado de: <http://www.elcultural.com/noticias/buenos-dias/Sergio-del-Molino/>.
- KANEV, Venko (2003). «Paisaje y espacio en literatura», *América. Cahiers du CRICCAL*, 2003, n.º 1, pp. 9-19.
- LAGUNA, Clara (2012). «Sergio del Molino, el escritor que popularizó el concepto "España vacía", se suma a la conversación que él mismo inició con un nuevo libro sobre lo rural», *Traveler*, 23 de junio de 2021. Recuperado de: <https://www.traveler.es/experiencias/articulos/contra-la-espana-vacia-libro-entrevista-sergio-molino/21197>.
- LÓPEZ LÓPEZ, Carmen María (2016). «Distintas formas de mirar el agua, espejo lírico de la memoria», *Monteagudo. Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Teoría de la Literatura*, n.º 21, pp. 339-344.
- LLAMAZARES, Julio (1988). *La lluvia amarilla*, Madrid, Ediciones Siruela.
- (1994). *Escenas de cine mudo*, Madrid, Ediciones Siruela.
- (2015). *Distintas formas de mirar el agua*, Madrid, Alfaguara.
- LLERA, José Antonio (2019). «Memoria, duelo y melancolía en *La lluvia amarilla*, de Julio Llamazares», *Revista de literatura*, n.º 81 (162), pp. 533-548.
- MATEO DÍEZ, Luis (2002). *El Oscurecer (Un encuentro)*, Madrid, Ollero&Ramos.
- MÉRIDA DONOSO, José Antonio (2012). «La desmemoria oficial: reflexiones sobre la memoria y el olvido en el exilio español», *Tonos Digital*, n.º 23, pp. 1-18.
- (2023). «Identidades en torno a la "memoria sumergida" desde lo rural y lo neorrural: una introducción a los relatos existentes sobre la España vacía y vaciada desde el caso paradigmático de Mequinenza y sus museos», en *Currículum, didáctica y los objetivos de desarrollo sostenible (ODS): reflexiones, experiencias y miradas*, Dykinson, pp. 1184-1202.
- MOLINO, Sergio del (2014). *Lo que a nadie le importa*, Barcelona, Random House.
- (2016a). «En primera persona. Sergio del Molino. Escritor y periodista. Autor de *La España vacía*, *Desarrollo rural y sostenible*. Recuperado de: https://redpac.gob.es/revista/2016/invierno/en_primera_persona.html.
- (2016b). *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Taurus.
- (2021). *Atlas sentimental de la España vacía*, Barcelona, Geoplaneta.
- (2021). *Contra La España vacía*, Barcelona, Alfaguara.
- (2022). *La España vacía*, Madrid, Alfaguara.
- MORENO, Lara (2013). *Por si se va la luz*, Barcelona, Lumen.
- NORA, Pierre (2008). *Pierre Nora En Les Lieux de Mémoire*, Montevideo, Trilce.
- PÉREZ TRUJILLO, Áxel (2017). «Galgos en el llano: La ecología oscura del campo en *Intemperie*», *Letras Hispanas* n.º 13, pp. 244-254.
- REY, Javi (2016). *Intemperie*, Barcelona, Planeta Cómica.
- RICOEUR, Paul (2003). *Tiempo y narración: configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, Siglo XXI.
- RODRÍGUEZ MARCOS, Javier (2015). «La memoria histórica de un país es su literatura», entrevista, *El País de Babelia*, 14 de enero de 2015. Recuperado de: https://elpais.com/cultura/2015/02/12/babelia/1423751056_461531.html.
- VALCÁRCEL, Carmen (2022). «Julio Llamazares: paisaje interior», en Julio Llamazares, *Escenas de cine mudo*, Cátedra, pp. 11-75.
- VIDAL VALICOURT, José (2015). *Meseta*, Almería, El gaviero Ediciones.